

ser ante todo, no un medio sino un fin. Adelantar, desarrollarse, irse para arriba, en eso yace el objeto supremo de la vida humana. Me ha parecido algunas veces que la escuela moderna, tanto la primaria como la secundaria, en Europa como en América, pierde de vista este objeto, la necesidad imperiosa del estudio después de las aulas, y se considera como suficiente en sí, en lugar de considerarse como un simple prólogo al Libro de los Conocimientos. Los alumnos que de ella salen no me parecen tener siempre por ideal: saber, y saber hoy más que ayer».

Ama el libro, pero aquel cuya lectura enaltece y ensancha el campo de visión espiritual.

En un artículo suyo dedicado al libro y que se publicó hace unos años en el REPERTORIO AMERICANO, (1) y que le valiera al editor una felicitación de Eugenio D'Ors—titulado con aquellas palabras dichas por una voz misteriosa a San Agustín en uno de los momentos de álgida inquietud que precedieron a su conversión: *Tolle, Lege*—dice algo que me ha quedado resonando desde entonces:

«La Biblioteca de un colegio de segunda enseñanza o de una escuela primaria tiene que ser una biblioteca circulante. Cada alumno, cada profesor, debe tener el derecho de llevarse para su casa a lo menos un libro a la vez y de guardarlo a lo menos una semana. Algunas personas hacen objeciones a la circulación de los libros, basándose en el peligro que corren éstos de ser deteriorados, perdidos, o robados. Tal objeción proviene de una concepción respetable pero errónea del libro y de su objeto. Hasta mitad del siglo XIX, una biblioteca era considerada como una colección de libros, los cuales debían guardarse tan celosamente como las antigüedades de un museo nacional. La idea que me hago de una biblioteca escolar, es algo diferente; veo en ella únicamente un foco de luz. Los libros sirven únicamente si son leídos. Los libros útiles son útiles exactamente en proporción del número de personas que los leen. Libros que quedan siempre sobre un estante, aunque sean libros excelentes, son más nocivos que útiles pues ocupan espacio, exigen cuidados y no dan nada en compensación. En el caso de los libros como el de los hombres, servir y perecer es mil veces preferible a vivir y ser inútil. ¿Dónde está el General que rehúsa librar batalla porque algunos de sus soldados bien pudieran resultar heridos o muertos?»

El escritor dejó páginas hermosas en los álbumes de sus discípulas románticas. ¿Alguien quisiera recogerlas?

(1) Véase el N.º 2 del tomo 1.

Me dicen que de joven escribió una novela en francés que deseo mucho conocer.

Y cuando uno se asoma al mundo de afectos íntimos, donde guardó las imágenes de la esposa, de los hijos, de los amigos, cree estar ante algo tan delicado como la corola de la flor.

Sus maneras fueron dulces, sencillas y a todos, grandes y pequeños,

trató con gentileza. La gentileza fue un hábito de su inteligencia.

Hermosa unidad la que resulta de estos diversos aspectos y que no destruye la muerte. Sobre su misterio y su silencio, brilla como una estrella sobre el cielo de la noche.

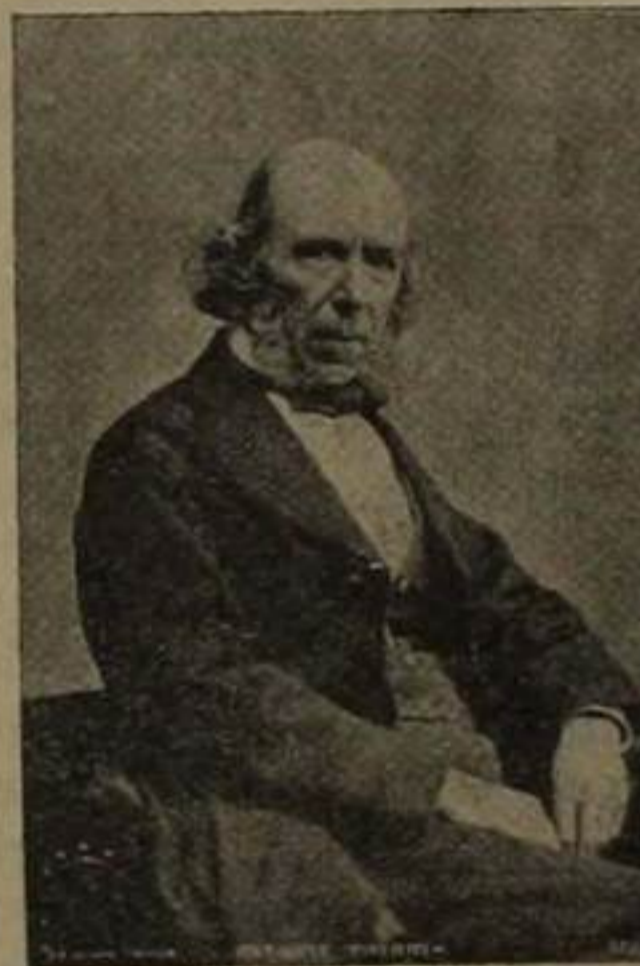
CARMEN LIRA

Julio de 1924.

## REVISANDO PAPELES VIEJOS

# Herbert Spencer y sus paisanos

El gran filósofo ha muerto el 9. (Dic. de 1903), a la edad de 83 años largos, ha muerto aquí (Brighton), en la casa que ocupaba desde algunos años atrás, a la orilla del mar, en la parte oriental de la ciudad (Kemp-Town). Lo han enterrado hoy, quiero decir, muy de mañana han transpor-



SPENCER

tado su cuerpo al nuevo crematorio de Londres, para ser incinerado. Sus cenizas serán enterradas enseguida en el cementerio de Highgate.

Por supuesto, ninguna ceremonia religiosa. Los creyentes, siempre amigos del tráfico, trataron de apoderarse del cadáver de Spencer, a fin de conducirlo a la abadía de Westminster, el Panteón Nacional. Esto fue lo que lograron hacer con Darwin.

A propósito de esto, hay algo que comúnmente no se conoce, y es que publicaron también, trunca, en la *Nature* la carta irreligiosa, que como respuesta, Darwin había escrito a un estudiante alemán y en la cual él decía que de ningún modo creía en las tradiciones hebraicas que constituyen lo que llaman «la revelación». Este pasaje comprometedor lo suprimieron de la carta.

Por dicha los amigos de Spencer—

no tenía más parientes cercanos que unos primos, en Alemania—han sabido impedir que se hiciera algo parecido con el gran filósofo, abriéndole las puertas del panteón inglés. Se han ajustado estrictamente a la voluntad que el mismo Spencer había expresado: el cuerpo será incinerado; nada de flores; nada de duelo.

De este modo ya puedes tú imaginar el vacío que la «gran prensa» y la alta canalla han hecho alrededor de este muerto. Se ignora quién es. Llegado aquí, veo las banderas flotando a media asta en las torrecillas del muelle y en las estaciones de los guardacostas. Al día siguiente los omnibus estaban cubiertos de crespón negro. «Sin embargo, se piensa en Spencer», me decía yo. Se le conoce en Brighton. Al otro día todo esto desapareció y supe que se había hecho una manifestación de duelo, porque ese día se enterraba a un Consejero Municipal. En cuanto al filósofo que había vivido diez años en Brighton, nadie había pensado en él allí. El 9, después del medio día, nadie sabía si él viviría o no aún y ha sido yendo a su casa como supe que había muerto a las 4.45 de la mañana. Inglaterra no conoce a Spencer. Le conocemos muchísimo mejor en Francia, en Rusia, en España.

PEDRO KROPOTKINE

(Les Temps Nouveaux. París).

El número próximo del «Repertorio Americano», será un homenaje a EMILIO ZOLA.

### SUMARIO:

*Emilio Zola*, por Leopoldo Lugones.  
*Zola*, por Augusto Thompson.  
*Notas sobre Zola*, por Alberto Gerchunoff.  
*Releyendo a Emile Zola*, por Eugenio D'Ors.  
*Las mujeres de Zola*, por Enrique Gómez Carrillo.  
*En la muerte de Zola*, por Carlos Arturo Torres.

Busque ese número; ¡valdrá la penal!